

Con todo, no queriendo todavía los picamueertos prescindir de su sed de exterminio, descargaron, antes de volver atrás, sus armas de fuego sobre aquellas formas náufragas y fugitivas. Los proyectiles, como leves guijarros, quebraron por un momento, al herirlo, el rojo cristal del agua, y perdieron luego calor y fuerza al abismarse en las ondas. Y la corriente precipitada continuó alejándose con aquellos pobres despojos.

II

A la sazón, río abajo y á no larga distancia del campo de batalla, hallábase la hermosa viuda Rosalía Alvarez, acompañada de algunas de sus sirvientas, como la hija de Faraón, á la orilla del agua. Todas las tardes, á la caída del sol, acostumbraba aquella buena moza meterse en la corriente y refrescar su cuerpo de diosa con la blanda caricia de sus hondas. Aquel día, en el instante en que se disponía á despojarse de sus ropas para tomar el baño habitual, llegó á su oído el rumor de la fusilería y el estrépito de los cañones. La proximidad de esos rumores la sobresaltó; y, comprendiendo que se trataba de una de aquellas refriegas tan frecuentes en la época, se quedó

en observación, prestando oído atento al clamoreo, hasta que, al declinar la tarde, fué debilitándose gradualmente el estrépito, y no quedaron de él más que detonaciones aisladas.

Pasaba la corriente tan veloz y estruendosa, que atrajo su atención. Probablemente habían caído fuertes chaparrones en las tierras más altas, y los afluentes habían llegado al cauce común pletóricos y desbordados; pues el río, dejando su caja habitual, se había derramado por sus dos orillas y cubría con su líquido rebotado, una gran extensión de la vega, ahogando entre sus ondas no escasos maizales, cuyos amarillos penachos temblaban sobre la superficie cristalina, como garzotas y cimeras de un sumergido ejército de caballeros medioevales. Una gran parte de los vallados de piedra había sido también cubierta por el agua, y los árboles corpulentos que habían crecido y engrosado cerca de la orilla, se hallaban ahora rodeados por la corriente, y retrataban sus copas enormes en las turbias ondas.

Rosalía, que era un poco romántica, y había quedado muy propensa á la tristeza desde su viudez, echó un vistazo al panorama que la rodeaba, y se llenó al contemplarle, de suave melancolía. Poníase el sol en aquel punto. Su globo enorme,

de una rojez de brasa, parecía hundirse á lo lejos en el agua amarillenta, y desde allá proyectaba sobre la corriente su imagen alargada en forma de cono, que agitaban las olas con vaivén incesante. Todo el horizonte parecía teñido de púrpura, como si los bosques lejanos, poblados de corpulentos árboles, hubiesen sido incendiados. Los sauces y los álamos de la orilla levantaban su follaje sobre aquel fondo candente; y el cielo, á través de su estructura, semejaba el interior iluminado de una catedral gótica, entrevisto por los vitrales de sus rosas y de sus ojivas.

Aquel espectáculo, cantado por el bramido del río, y por el rumor de la batalla, hizo palpitar el corazón de la viuda con una emoción pocas veces sentida, y pensó en su interior que aquella tarde no se parecía á ninguna otra, y que siempre guardaría memoria de ella. La voz de la criada la sacó de la absorción.

—¡Señora! ¡señora!, decía, vea usted.

—¿Qué Toribia?, interrogó la viuda.

—Lleva hombres y caballos muertos el río.

En efecto, al volver los ojos, notó Rosalía que bogaban en la corriente bestias y formas humanas, chacos militares y restos confusos de trapos y maderas.

—De veras, repuso estremecida, se conoce que los vencidos han querido huir, y caído en la corriente. Desgracia-

dos, por salvar la vida, han hallado la muerte. Ea, vámonos; es tarde, y no me agrada ver cosas tan horribles.

—Señora, señora, volvió á decir Toribia deteniendo á su ama, que se disponía á marcharse. Se me figura que se ha en-ganchado en aquel sauce el cuerpo de un hombre.

—¿Dónde?, interrogó Rosalía.

—Allá, continuó Toribia señalando con el índice un árbol próximo, en aquella rama inclinada. ¿No ve usted un objeto grande junto á la que cae sobre el río?

—Sí, repuso la viuda, me parece distinguir algo.

—¿Y si estuviese vivo ese pobre hombre? observó la criada. Parece que se mueve.

—Es difícil, repuso Rosalía. De no haber muerto de algún tiro, se habrá ahogado en la corriente.

—Bueno será que nos desengañemos. ¿Me permite usted ir á averiguarlo?

—Por supuesto, dijo la señora, que tenía buen corazón. Anda, Toribia; Dios quiera que sea tiempo de salvar á ese infeliz.

La criada se descalzó prestamente, y arremangándose las enaguas hasta más arriba de la rodilla, se metió en el agua, que estaba muy baja por aquellos sitios. Pronto llegó al sauz, y trepando ágil-

mente por su tronco, como buena campesina que era, se deslizó á lo largo de la enorme rama. Muy á poco gritó:

—¡Señora! ¡Señora! es un oficial, y parece que está vivo.

—¡Dios lo quiera! Pues ¡á sacarlo! ¿Puedes tú sola?

—No, necesito que me ayuden.

—Aguarda entonces un poco. Levántale la cabeza para que no acabe de ahogarse, mientras voy á llamar.

Y echó á correr hacia un mogote cercano, tras el cual le esperaban los mozos con las cabalgaduras. A poco volvió seguida por algunos de ellos á caballo.

Sin pérdida de momento los hizo entrar por el agua, que subió hasta más arriba de los ijares de las bestias, en auxilio del moribundo; y no sin trabajo lograron llegar al sitio donde estaba Toribia. Una vez allí, desprendieron al náufrago de la rama, y como pudieron fueron sacándole hasta la orilla, en cuyo blando césped le depositaron. Estaba tan exangüe y afilado, que, de pronto, y á la luz moribunda del crepúsculo, temieron no haber salvado de la corriente más que un cadáver; pero al fin, aplicándole el oído al corazón, pudieron observar que aún había un soplo de vida en aquel organismo.

Con ramas que los vaqueros cortaron de los árboles á machetazos, con lazos que

desataron de los tientos de las sillas y con los rebozos de las mujeres, improvisaron fácil y prontamente una camilla, en la que colocaron el cuerpo del moribundo. En seguida, y sobre los hombros de los mismos sirvientes, se emprendió la marcha hacia la hacienda.

No bien llegada á su destino la comitiva, quedó instalado el náufrago en la cama blanda y limpia de una alegre habitación.

Era mozo el moribundo de como treinta años, robusto, moreno, de nariz fina y de poblada barba. Al notar su belleza varonil y la gravedad de la herida, se avivó el interés de Rosalía por la suerte de aquel desgraciado, y tanto pesar le causó el codo deshecho, como le movió á simpatía aquel rostro no afeado por la agonía.

—Pronto, dijo, que vayan al pueblo á llamar al doctor Zárate: que venga en el acto, cueste lo que cueste.

Y salió luego de la hacienda un mozo casi á escape con dirección á la aldea.

Gozaba la viuda de gran crédito en toda la comarca. Casada con un rico hacendado en edad temprana, había enviudado antes de la madurez de la vida, en los momentos en que su celebrada belleza llegaba á la plenitud de su esplendor. Su esposo, que la había amado con

locura, y que había sido objeto de todo género de atenciones y de finezas por parte de ella (ora hayan sido dictadas por el amor, como la joven lo sostenía, ora por la gratitud y por la piedad, como otros lo pensaban), la dejó al morir todos sus bienes, como manifestación de su amor y de su reconocimiento. Rosalía, que era algo varonil y no escasa de habilidad para los negocios, había continuado por sí misma dirigiendo sus fincas de campo, y bien pronto había ganado notorio ascendiente, no sólo sobre sus sirvientes, sino también sobre sus vecinos y sobre toda la población de la aldea cercana. Juventud, belleza y riqueza son tres palancas poderosas para conmover los mundos.

Dados tales antecedentes, no debe extrañarse que el doctor Zárate hubiese acudido en el acto y como en volandas al lugar de la cita, pues tanto como le interesaba ganar buenos honorarios á la rica propietaria, le halagaba el pensamiento de ver aquellos ojazos de rizadas pestañas, aquella boquita sonriente, y aquel talle simbrador.

Esperábale Rosalía á la puerta de la casa.

—Doctor, doctor, díjole al verle tendiéndole la suave mano. ¡Un pobre oficial que recogimos á la orilla del río, y

que se nos muere! Venga usted, venga usted.

Y precediéndole en la marcha, le condujo á la alcoba del enfermo.

El doctor era casi un viejo: andaba cerca de los cincuenta años; pero tenía el aspecto de sexagenario por el visible deterioro de su persona exterior. Calvo, canoso, desdentado, cubierto de arrugas, nadie le hubiera dado la edad que tenía. Con todo, se conservaba por dentro todavía intacto, como lo demostraba por su actividad incansable, por la lucidez de sus ideas y por su amor á los placeres. Era famoso por todo eso en la comarca. Decíase que había hecho muy buena carrera en la Escuela de Medicina de la capital, y que se hubiera elevado á grande altura en el ejercicio de su profesión, á no haber sido tan afecto á Baco, Birján y Venus, á quienes rindió culto desde su adolescencia.

Con toda atención y con imponente gravedad se consagró el doctor al examen del paciente, abriéndole los cerrados ojos, viéndole las pupilas, auscultándole el pecho, palpándole el vientre y haciendo otra multitud de investigaciones minuciosas, propias del médico entendido y concienzudo. Del examen general, pasó al especial del miembro herido. El proyectil había penetrado por el antebrazo,

cerca del codo, y, caminando á lo largo del radio, había salido por el codo, destrozando las cabezas de los tres huesos que forman la articulación. Hizo Zárate muy mala cara durante la investigación, y, ayudado del estilete, se persuadió de que en el enorme agujero de la herida, andaban los fragmentos de los huesos, separados y hechos añicos. Rosalía atisbaba ansiosa la expresión de sus facciones.

—¡Y bien, doctor!—articuló la joven.

—Respecto del estado general, repuso Zárate, no hay peligro por ahora. El letargo en que se halla el enfermo, procede en parte de la gran cantidad de agua que ha bebido, y en parte de la pérdida de sangre y del agotamiento. No tardará en recobrar el conocimiento; pero vendrá el estado febril.

—¿Y el brazo? volvió á preguntar la viuda.

—El brazo está perdido, prosiguió Zárate: el proyectil ha destruído una parte del radio, y las cabezas de los otros dos huesos. Aquí, lo que convendría hacer, sería la resección del codo.

—¿Qué es eso de resección, interrogó la joven.

—La resección, repuso el doctor, consiste en la amputación de las cabezas de los tres huesos que forman la articula-

ción: el húmero, el radio y el cúbito. Es una operación larga y difícil; pero de resultados excelentes, cuando se hace bien. Desde la segunda mitad del siglo antepasado, la practicaron ya con éxito algunos cirujanos. Conserva el brazo sus músculos, con excepción del triceps, que es preciso sacrificar. Conserva también su longitud natural, sus movimientos y su fuerza, aunque con falsas articulaciones. Y se le puede doblar á voluntad, como en su estado normal. Lo único que se pierde, es la facultad de desdoblarlo. Pero cae en virtud de la pesantez, y no se nota el defecto.

—Pues haga usted eso, repuso la viuda, que no había entendido de aquel discurso pedantesco, sino que el militar podía conservar el brazo en buen estado, en virtud de la "resección."

—Imposible, repuso Zárate; es una operación muy delicada, que conozco sólo en teoría, y que no he practicado nunca. Si tuviese á mi lado algún compañero que me ayudase, podría atreverme á hacerla; pero solo no, porque suele ocasionar muy serias complicaciones.

—No, en ese caso ni pensarlo, saltó la viuda.

—Ni pensarlo, repitió el interlocutor; pero habrá que amputar el brazo. No queda otro remedio.

—¿Ninguno?

—Ninguno.

—¿Y si no se le amputa?, preguntó Rosalía figurándose con angustia en su imaginación la crueldad del remedio y el grave defecto en que la simpática figura del militar iría á caer careciendo de uno de sus remos: falta de simetría, manga vacía, surdez, etc.

—Si no se amputa ese brazo, repuso Zárate, se muere el enfermo.

—Piense usted, doctor. ¿No habría manera de salvarlo de una y otra cosa? No se pare usted por el gasto.

Meditó Zárate unos momentos. La perspectiva de una buena ganancia y de dejar grata á aquella joven encantadora, que tanto le fascinaba, halagábale por extremo. Hizo su composición de lugar mentalmente, analizando el caso, con las probabilidades de buen y mal éxito que podrían presentar: ó bien la resección del codo, ó bien la conservación del miembro y de la vida del paciente. Por todas partes halló obstáculos: comprendió que la transacción era imposible, y con pena tuvo que someterse á lo inevitable.

—Señora, repuso, crea que por usted sería capaz de hacer cualquier esfuerzo, y que no habría cosa que no intentara; no por los honorarios, sino por complacerla, pues no puede usted figurarse cuánto la estimo.

Zárate pensó en aquellos momentos cuán bien le vendría un matrimonio con Rosalía, tan guapa, tan rica, y tan simpática. Así que, al pronunciar tales palabras, veía á la joven con marcada insistencia; pero ella estaba tan preocupada, que no lo notó, y se figuró que aquel viejo la miraba de ese modo sólo por dar mayor énfasis al discurso.

—Pero, continuó el doctor, es imposible: no puede salvarse la vida del paciente conservando el brazo. O el brazo ó la vida: ese es el dilema.

A la joven se le rodaron las lágrimas al oír aquellas palabras, y suspirando, repuso:

—Supuesto lo que usted dice, hay que hacer la amputación.

—Eso, eso, dijo Zárate. Es lo que me aconseja mi conciencia de médico.

—¿Y cuándo será eso?, preguntó Rosalía con timidez.

—Mañana mismo, repuso Zárate, mañana mismo: no hay tiempo que perder. Hoy en la noche no me atrevo, por la debilidad del herido, y, además, porque no veo bien con luz artificial; tengo cansada la vista. Pero mañana sin falta, porque de no ser así, podría sobrevenir alguna infección, que hiciese inútil toda tentativa.

—Pues mañana mismo, repuso Rosa-

lía lanzando un suspiro; pero yo no veré eso, porque no tengo corazón para presenciá lástimas, y además, me inspira gran compasión ese pobre joven.

Zárate recibió mal aquella manifestación de interés hacia el herido; pero anteponiendo sus obligaciones profesionales á cualquier otra pasioncilla de amor propio, dictó algunas disposiciones preparatorias para la operación del día siguiente. Entretanto, lavó y vendó cuidadosamente la herida, y prescribió varios medicamentos que habían de administrarse al paciente durante la noche.

Hecho esto, se despidió de Rosalía, diciéndole:

—Hasta mañana, señora.

—Hasta mañana. ¿A qué hora vendrá usted, doctor?

—A las siete en punto: que todo esté listo para esa hora. Un minuto de retardo puede comprometer la vida del paciente.

—No tenga usted cuidado, todo estará listo para las siete.

Y montando nuevamente á caballo, se alejó el doctor con rumbo á la aldea.

III

En efecto, al siguiente día estuvo todo listo para la operación aun antes de las siete de la mañana: la enorme mesa en

que debería ser colocado el herido, vendajes limpios y de inmensa longitud, hilas, esponjas, alfileres, todo cuanto había prescrito Zárate.

El enfermo había recobrado el conocimiento á la entrada de la noche, había preguntado dónde se hallaba y se había quejado de grandes dolores en el brazo; pero bien pronto había comenzado á delirar.

Rosalía no se había separado ni un instante de su cabecera. El oficial la había visto á través de su delirio y le había dado el nombre de madre, creyendo ser ella quien le atendía. Y la joven, satisfecha de aquél tratamiento, había redoblado sus atenciones.

Con ansia mezclada de temor, aguardaba Rosalía la llegada del cirujano, pensando con espanto en la ablación de aquel miembro ensangrentado. ¿Qué haría con él después de amputado? Sería una parte muerta de una persona viva. ¿Qué horrible! No podía quedar insepulto, porque se descompondría: era un cadáver, una fracción de cadáver. ¿Lo haría enterrar en la huerta, ó en tierra bendita? Los sentimientos cristianos de Rosalía le hacían pensar que el miembro amputado debía ser inhumado en un camposanto. Lo mandaría, pues, al cementerio del pueblo. ¿En caja ó sin caja? ¿Y como debería ser ésta? ¿Redonda, cuadrada, ancha ó an-

gosta? Tales pensamientos dolorosos é infantiles, la traían fuera de sí.

También le preocupaba por todo extremo pensar cómo quedaría el miembro amputado, qué aspecto presentaría la herida, cómo se verían los músculos, los tendones y el hueso rotos y cortados, como se cubriría todo aquello después de hecha la operación, y qué aspecto presentaría aquella parte después de operada. Y se sentía llena de compasión hacia el infeliz joven que iba á quedar mutilado, causándole horror que alguna vez pudiese tocarle las mejillas con el muñón cicatrizado.....Pero ¿por qué se las había de tocar?.....Era una loca.

En esto sonaron las siete, y el doctor no llegaba. No había qué extrañarlo; el menor contratiempo puede ocasionar algún retardo.

Pero pasaron minutos y cuartos de hora, sonaron las ocho, y el doctor seguía brillando por su ausencia.

La viuda comenzó á alarmarse; pero aun esperó hasta las diez. Viendo que Zárate no llegaba, mandó llamarle por medio de un propio, haciéndole saber que todo estaba listo para la operación, y que sólo él iba faltando.

El mozo volvió poco después, trayendo la funesta noticia de que Zárate había bebido toda la noche y estaba horriblemente borracho.

—¡Jesús! ¡Jesús!, exclamó la viuda retorciéndose las manos y volviendo los ojos al cielo. ¡Qué atrocidad! ¡Qué infamia!

Esto lo decía la joven, porque Zárate era un bebedor intermitente, que sólo bebía de tiempo en tiempo; pero que, cuando bebía, lo hacía á toda conciencia. Sus borracheras no eran de un día ni de dos; sino de ocho, de diez, de veinte. Contaban sus amigos que algunas veces había cogido monas hasta de un mes. La regla era que Zárate bebía hasta caer enfermo. Mientras le duraba la fuerza, seguía menudeando las copas. Durante el día, salía tambaleando por las calles del pueblo, y se metía en los tendajos de peor clase; y en compañía de la gente más baja, bebía los más rasposos alcoholes. En estado de embrutecimiento, jugaba con los mozos y peones de las haciendas todo el dinero que tenía, hasta quedarse sin camisa. Ya entrada la noche, era llevado á su casa en brazos por algunas buenas gentes. Como Zárate era obsceno é intratable cuando se embriagaba, pocos amigos y clientes se le acercaban cuando le veían en aquel estado. Sobre el buró de su cama y al alcance de la mano, tenía por la noche la botella de aguardiente, y cada vez que despertaba, tomaba grandes sorbos para volverse á dormir.

Al día siguiente, tornaba á salir dando

tumbos, á repetir la escena de la víspera; y así continuaba arrastrándose con trabajo, estúpido, balbuciente, sucio, desgreñado, lagrimeante y cubierto de baba, por días y más días, hasta que venía la disentería á postrarle en cama con horribles dolores, ó llegaba el delirio "intremens" á sacudir su organismo con horribles convulsiones y á espantar su imaginación con visiones diabólicas. Sólo entonces tenía un hasta aquí su desenireno.

Todo esto lo pensó en un momento la viuda, al recibir la noticia de haberse iniciado uno de los intermitentes períodos de embriaguez del doctor Zárate.

—¡Qué horrible!, clamaba Rosalía. ¡Haberse embriagado anoche! ¡Y precisamente anoche, la víspera de la operación!... ¿Y cómo empezó á beber?... ¿A dónde fué?... ¿Quién le ofreció copas?

Y así se quejaba, divagaba y conjeturaba la viuda, llena de indignación y de congoja. Pero todo era inútil, no había más que esperar. Ni pensar en acudir á algún otro doctor, porque no los había en muchas leguas á la redonda. La revolución los había ahuyentado, ó los había hecho ingresar á las filas de los combatientes.

¿Pero daría tiempo el estado del militar para aguardar tantos días? Hé aquí el

problema. No, no lo daría: Zárate lo había dicho: ó era amputado el brazo, ó se moría el herido; no cabía otra solución.

—Malvado, clamaba la viuda pensando en el doctor. Su borrachera es un crimen. Si el enfermo se muere, será por culpa suya. Esa desgracia caerá sobre su conciencia.

Pero con esas reflexiones ó maldiciones, nada remediaba.

La situación siguió inmutable todo ese día, aunque con la agravación de que por la noche subió la calentura del enfermo y aumentaron sus dolores.

Rosalía no se atrevió á quitar el vendaje, temiendo no acertar á ponérselo de nuevo, y se limitó á continuar administrando al paciente los medicamentos prescritos el día anterior.

Así pasaron cuatro días, seis, ocho..... A las dos semanas, la situación se hizo insostenible. El enfermo estaba verdaderamente loco de fiebre y de dolor, pedía á voz en cuello una pistola para matarse y profería amenazas y blasfemias. El brazo columbrado entre las vendas arrolladas y sucias, estaba horriblemente hinchado y amaratado; daba horror á la simple vista.

Entretanto, no cesaba de llorar Rosalía, mandaba mozos al pueblo de día y de noche á informarse de la borrachera de

Zárate, y había escrito á varias personas influyentes suplicándoles interviniesen en el caso é impidiesen que continuase el doctor bebiendo de aquel modo. Y aun llegó á escribir al presidente municipal suplicándole por todos los santos del cielo encarcelase al ebrio para poner punto á su borrachera. Pero todos sus esfuerzos habian resultado infructuosos, porque nadie quería enemistarse con Zárate, y el presidente municipal declaró que no estaba en sus facultades encarcelar á un hombre por vicioso, si no cometía escándalo ni delito.

No habia esperanza.

En tal virtud, la desolada Rosalía se resolvió á romper el vendaje, siquiera para proporcionar consuelo al paciente, á fin de que pudiese morir un poco tranquilo.

Al aspecto de aquel miembro abotagado, denegrado, deforme y lleno de pus obscuro y pestilente, sufrió un vahido la buena mujer; y como pudo, con agua de malvas, gordolobo y otras hierbas calmantes, labó y aseó aquellas carnes repugnantes y doloridas. Y envolviendo después el brazo en lienzos limpios y suaves, se alejó llorando del aposento, resuelta á no visitar más al moribundo, para ahorrarse la pena de verle sucumbir sin auxilio ni remedio.

IV

El resultado de todo fué que el Coronel don Diego Izábal, á quien ya habrá reconocido el penetrante lector en la persona del herido, no sólo salvase la vida, sino también el brazo. No se sabe cómo los huesecillos rotos y disgregados, que con el estilete había palpado dentro de la herida el doctor Zárate en absoluta dispersión, se juntaron y apretaron de nuevo. El caso fué que Izábal se levantó de la cama, y que, aunque con el codo anquilosado, pudo seguir haciendo uso de aquel miembro, y escribir, saludar, y hacer otros menesteres tan útiles como interesantes.

Uno de ellos fué el de casarse poco tiempo después, con nuestra conocida la caritativa y hermosísima Rosalía, y no ciertamente "con la mano izquierda."

